

lerdo, y aquí no he conseguido vencer la agitación en la cabeza y en los sentimientos; para esto lo único que viene al caso es Italia.

Después de haberme puesto aquí de ánimo muy festivo, ahora gozo de un período de malhumor. El paciente que principalmente me ocupa soy yo mismo. Mi histeria, pequeña, pero muy realzada por el trabajo, se ha solucionado en otro fragmento. Otras cosas siguen estancadas. A ello obedece en primer lugar mi talante. El análisis es más difícil que cualquier otro. Es, además, lo que me paraliza la fuerza psíquica para la exposición y comunicación de lo ya conseguido. No obstante, creo que es preciso hacerlo, y es una necesaria etapa intermedia en mis trabajos.

[ . . . . . ]

### Carta 69<sup>187</sup>

[ . . . ] Y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi «neurótica». Claro que esto no se comprendería sin una explicación: tú mismo hallaste creíble cuanto pude contarte. Por eso he de presentarte históricamente los motivos de mi descreimiento. Las continuas desilusiones en los intentos de llevar mi análisis a su consumación efectiva, la deserción de la gente que durante un tiempo parecía mejor pillada, la demora del éxito pleno con que yo había contado y la posibilidad de explicarme los éxitos parciales de otro modo, de la manera habitual: he ahí el primer grupo {de motivos}. Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre,<sup>188</sup> la intelección de la inesperada frecuencia de la histeria, en todos cuyos casos debiera observarse idéntica condición, cuando es poco probable que la perversión contra niños esté difundida hasta ese punto. (La perversión tendría que ser inconmensurablemente más frecuente que la histeria, pues la enfermedad sólo sobreviene cuando los sucesos se han acumulado y se suma un factor que debilita a la defensa.) En tercer lugar, la intelección cierta de que en lo inconciente no existe un signo de reali-

<sup>187</sup> [Fechada en Viena el 21 de setiembre de 1897.]

<sup>188</sup> [«*Mein eigener nicht ausgeschlossen*», omitido en *AdA*, pág. 230.]

dad,<sup>189</sup> de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres.) En cuarto lugar, la reflexión de que en las psicosis más profundas el recuerdo inconciente no se abre paso, de suerte que el secreto de las vivencias infantiles no se trasluce ni en el delirio {*Delirium*} más confundido. Y viendo así que lo inconciente nunca supera la resistencia de lo conciente, se hunde también la expectativa de que en la cura se podría ir en sentido inverso hasta el completo domoñamiento<sup>190</sup> de lo inconciente por lo conciente.

Todo ello me predispuso para una doble renuncia: a la solución cabal de una neurosis y al conocimiento cierto de su etiología en la infancia. Ahora no sé dónde estoy, pues no he alcanzado la inteligencia teórica de la represión y su juego de fuerzas. Parece de nuevo discutible que sólo vivencias posteriores den el envión a fantasías que se remontan a la infancia; con ello el factor de una predisposición hereditaria recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarlo {*verdrängen*} en interés del total esclarecimiento de la neurosis.

Si yo estuviera desazonado, confuso, desfalleciente, dudas así podrían interpretarse como fenómenos de cansancio. Pero como mi estado es el opuesto, tengo que admitirlas como el resultado de un trabajo intelectual honesto y vigoroso, y enorgullecerme por ser capaz de una crítica así luego de semejante profundización. ¿Y si estas dudas no fuesen sino un episodio en el progreso hacia un conocimiento ulterior?

Cosa notable es también que falte todo sentimiento de bochorno, para el cual podría haber ocasión. Sin duda no lo contaré en Dan, ni hablaré de ello en Ascalón, en la tierra de los filisteos;<sup>191</sup> pero ante ti y ante mí mismo tengo, en verdad, más el sentimiento de un triunfo que el de una derrota (lo cual, empero, no es correcto).<sup>192</sup>

[ . . . . . ]

<sup>189</sup> [Véase, sobre esta expresión, el «Proyecto», pág. 371 y n. 81.]

<sup>190</sup> [Cf. el «Proyecto», pág. 430, n. 54.]

<sup>191</sup> [Alude a *II Samuel*, 1: 20, aunque no es «Dan» sino «Gat»: «No lo anunciéis en Gat, no lo divulgéis por las calles de Ascalón; que no se regocijen las hijas de los filisteos, no salten de gozo las hijas de los incircuncisos».]

<sup>192</sup> [En esta carta, Freud anuncia por primera vez (aparte de una insinuación en la Carta 67, pág. 300) sus dudas acerca de la teoría de la etiología traumática de las neurosis, teoría que había sostenido durante los cinco años anteriores, como mínimo (cf. su carta a Breuer (1941a) del 29 de junio de 1892, *supra*, págs. 183-4). Cuando más adelante, en su *Presentación autobiográfica* (1925d), *AE*, 20, pág. 32,